



Francisco Pi y Arsuaga

Sé hospitalario

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Francisco Pi y Arsuaga

Sé hospitalario

PERSONAJES:

TEODORO (catorce años), hermano de
JAIME (quince años).

RUPERTA (cincuenta años), antigua criada de los padres de Teodoro y Jaime.

DON LUIS (sesenta años) tío de Teodoro y Jaime.

Época actual

Acto único

Decoración: Sala pobremente amueblada. Un balcón o ventana. Una chimenea. Puertas laterales y al foro.

Escena I

TEODORO y JAIME.

TEODORO

Habernos quedado solos
en el mundo es cosa triste.

JAIME

No es posible hallar consuelo.

TEODORO

La desgracia nos persigue.

JAIME

¿Dónde hallaremos, Teodoro,
dónde encontraremos, dime,
otros padres, otros maestros
que nuestras penas mitiguen,
que nuestros pechos alienten,
que, cual perdidos, miren
al porvenir inseguro
que nuestro espíritu aflige,
y, cual ellos, el timón
de nuestra existencia guíen?

TEODORO

¡Oh! ¡Qué pérdida tan grande!
Yo catorce años, tú quince,
¡y ya solos para siempre!...

JAIME

Meditarlo al alma aflige.
Sin parientes, sin amigos,
sin alguien que a algo encamine
de provecho nuestra vida.

TEODORO

Jaime, somos infelices.
Nuestros padres han dejado
muy poca cosa al morirse.

JAIME

Cuatro muebles en mal uso.

TEODORO

Cuatro muebles inservibles.

JAIME

En efectivo, ni un cuarto.
¿Qué haremos?

TEODORO

¿Qué haremos, dices?
Pues buscar pronto un oficio,
si es que no quieres morirte
de hambre. Buscar cualquier cosa
y pronto, antes de que expire
ese plazo que el casero
nos ha dado, pues exige
que a mediados de este mes

dejemos la casa libre.

JAIME

Nos regala quince días,

TEODORO

Sí, nuestro padre, hombre firme
en cumplir su obligación,
pagó el mes último.

JAIME

Dique
no halla mi pena.

TEODORO

Como era
empleado de los que viven
por necesidad al día,
de esos que un sueldo perciben
escaso a esas atenciones
precisas e ineludibles
que para eterno tormento
pesan sobre quien existe,
no pudo el pobre ahorrar nada.

JAIME

Así, en miseria terrible
nos ha dejado sumidos.

TEODORO

Tal miseria se concibe.
Quería darnos carrera.
Aún mis oídos perciben
las palabras de sus sueños.
Decía: «Dejad que porfíe
en la manía que tengo.
Hijos míos, siempre quise
dejar vuestro porvenir
asegurado. Felices
seréis si seguís los dos
la carrera que os indique.
Es muy duro ser empleado.
No queráis a mí seguirme.
No quise abogado ser,
y al cabo del tiempo vime
necesitado a acogerme
a este título amovible

que tan poco me produce,
que de tan poco me sirve.»
Y su empeño no cumplió.

JAIME
Yo ya bachiller me hice.

TEODORO
Yo aún el título no tengo,
ni he de poder conseguirle
aunque con ardor me afane
y por serlo me fatigue.

JAIME
Su manía nos perdió.

TEODORO
Calla.

JAIME
No es que lo critique;
pero di, ¿no hubiera sido
más útil y menos triste
que nos hubiera enseñado
un oficio?

TEODORO
Se concibe,
y es disculpable su afán.

JAIME
Jamás lo contrario dije.

TEODORO
Ya sé. Un oficio es tan bueno,
tan honrado y tanto sirve
cual literaria carrera.
Fuerza es que el mundo precise
de actividades distintas,
y pues si todos dirigen
a unas mismas su afición,
es desusado y punible
que a las demás se abandone,
siendo todas atendibles,
siendo todas necesarias.

JAIME

Tienes razón.

TEODORO

Imposible

me parece que haya quien
deje la tierra en que vive
y que siempre cultivó,
y que en carreras confíe,
cuando es la tierra la madre
que en querer más se desvive.
Si yo fuera campesino,
la desgracia que hoy me aflige
no me ahogara, pues la tierra
sería pródiga en servirme.

JAIME

Si encontrásemos al tío
que marchó a lejanos países
y de que hablaba papá...

TEODORO

De seguro ya no existe,
pues hace ya mucho tiempo
que nada desde allá escribe.
Aún no le hemos conocido.

JAIME

Ha debido de morir.

TEODORO

Hablemos ya de otra cosa.
¿Y Ruperta?

JAIME

Cuando vine
esta mañana explíquela
el caso, y que se anticipe
a buscar cuanto antes casa
la aconsejé.

TEODORO

¿Ella qué dice?

JAIME

¿Qué ha de decir? Que nos quiere
con el alma: que es horrible
para ella el abandonarnos;

que su edad ya no resiste
estos embates, y que
a do vayamos, nos sigue,
pues no quiere de nosotros
hasta morir despedirse.

TEODORO

Nos sirvió toda la vida;
fue tu nodriza.

JAIME

Describe
la pobre cuál nos meció
cuando éramos chiquitines.
Es buena.

TEODORO

Sirviente leal,

JAIME

Sí. Ni siquiera permite,
ni jamás ha permitido,
tomar un cuarto.

TEODORO

Es sublime
su abnegación.

JAIME

Una madre
fue con nosotros.

TEODORO

Terrible
es que así la abandonemos.

JAIME

Pero es forzoso, aunque aflige.

Escena II

DICHOS y RUPERTA.

RUPERTA
(Mirándolos.)

¡Ah! ¿Por qué os encuentro así,
tan tristes y preocupados?
No estéis tan desesperados.

JAIME
¿Y cómo no estarlo, di?
Mas cede ya a la razón:
aunque triste y doloroso,
que nos dejes es forzoso.
Aplaca ya esa pasión
que así a nosotros te liga.
Nuestra suerte es harto fiera;
no quieras de esa manera
que la desgracia te siga.
Busca tú vida mejor
de la que aquí gozarás.
Tú todavía no estás
acostumbrada al dolor.

RUPERTA
De mi existencia en los días.
que ya terminarse siento,
para mi desgracia, cuento
más dolores que alegrías.
No os aflija mi pesar,
mis dolores no os aflijan,
mientras ellos no os exijan
sus crudezas remediar.
Y ya, a fuerza de sufrir,
he vertido tanto llanto,
que no me espanta el quebranto,
y aún le puedo resistir.
¡Que os abandone! ¡Dios mío!
¡Abandonaros! ¿Por qué?
¡Vuestra suerte seguiré!
Acompañaros ansío.
Yo no os puedo abandonar,
porque os he visto nacer,
y todo el ser de mi ser
siempre he dedicado a amar
a los niños cuya cuna
mecí en épocas mejores,
a mis únicos amores;
vosotros sois mi fortuna.

Con vosotros he vivido,
con vosotros he soñado,
por vosotros he llorado
y por vosotros sonreído.
Vuestro llanto muchas veces
turbó mi amoroso afán.

JAIME
Dolor tus palabras dan.

TEODORO
Calla ya, que me enterneces.

RUPERTA
No, no cedo a mi pasión.
Resistiré vuestro encono:
pero yo no os abandono
mientras tenga corazón.

JAIME
Bien está. Sigue la suerte
de tus amos infelices;
pero piensa lo que dices,
pero lo que haces advierte.
Mil penas y sinsabores
serán nuestros compañeros.

RUPERTA
No me asustan los más fieros
ni más terribles dolores.

JAIME
Pues síguenos.

RUPERTA
Sobre todo,
de la desgracia os quejáis,
y es porque no os comparáis.
(Asomándose a la ventana, y señalando.)
¡Mirad, niños, de qué modo
hay quien arrastra la vida!

JAIME
¡Un pobre! (Con desdén.)

TEODORO
¡Cuánta tristeza

me da ver tanta pobreza!
Tiene la faz escondida
entre las trémulas manos.
Empolvado está su traje.

JAIME

(Con desdén.) Vendrá de hacer algún viaje.

RUPERTA

(A TEODORO.)

Di, ¿le llamamos?

TEODORO

Sí.

JAIME

Vamos

son, Teodoro, alardes tales.

Inútil es tu piedad.

¿Qué va a dar tu caridad,
si no tienes más que males?

¿Para qué llamarle quieres
si no le has de socorrer?

¿Quieres más cargas contraer?

TEODORO

Muy caritativo no eres.

Aún nos queda, por fortuna,
algo que dar a ese pobre.

JAIME

Yo, Teodoro, que me sobre
no tengo renta ninguna.

TEODORO

Jaime, tú no la tendrás;
tampoco yo; mas ¿no crees
que allí donde comen tres
pueden comer uno más?

JAIME

No estamos en ocasión
de hacernos los poderosos.

RUPERTA

Pero podéis ser virtuosos.

TEODORO

Ruperta tiene razón.

JAIME

Tu obediencia ya reclamo
y tu virtud compadezco.

TEODORO

Pues, Jaime, no te obedezco,
y a ese pordiosero llamo.

(Vase RUPERTA.)

Escena III

JAIME

No he de recibir muy suave
al mísero peregrino.
De seguro su camino
emprende al verme tan grave.
Considero tonto y loco
tan humano ser con él,
porque es mucho más cruel
repartir donde hay tan poco.
Cual mi hermano nunca vi
muchacho más testarudo.
Ya de su buen juicio dudo;
pero se acercan aquí. (Mirando.)

Escena IV

JAIME, TEODORO, DON LUIS (con el traje sumamente destrozado)

TEODORO

Pase usted.

D. LUIS

(A JAIME.) Muy buenas tardes,

(JAIME no contesta.)

TEODORO

Contéstale.

JAIME
¿Yo? No quiero.

DON LUIS
Joven, ya te he saludado,
y que contestes deseo.

JAIME
Para tratarme de tú,
¿quién ha dado a usted derecho?

TEODORO
Hermano, depón tu orgullo. (Aparte.)

JAIME
(Con acritud.)

¿Para qué? (Aparte a TEODORO.)

TEODORO
(Aparte.) No seas soberbio.

DON LUIS
A tratarte con confianza
derecho me da el servicio.
Tú podrías ser mi hijo,
y por eso te tuteo.
Y has de respetar mis canas
por eso mismo que alego.

TEODORO
El señor dice muy bien;
es un anciano, y respeto
debe merecerte, Jaime.

JAIME
Lo contrario no sostengo;
pero es tonto traerle aquí,
cuando nada darle puedo,
porque no hay nada.

TEODORO
Ya habrá.
Ruperta ahora traerá un leño

y encenderemos la lumbre.
Dolor en el alma siento
cuando tiritar de frío
al mísero anciano veo.

JAIME

(Con gozo.) Ni una astilla hay en la casa.

TEODORO

Deja, ya la encontraremos.
Nada sirve este cajón;

(Cogiendo uno que habrá en el suelo.)

se rompe y tendremos fuego.

(Lo rompe, echa unos papeles y enciende la chimenea.)

Acerque usted más su silla.

DON LUIS

Desde aquí bien me caliente.

(Coge un periódico y se pone leer.)

TEODORO

Ya Ruperta está encargada
de hacer la comida.

JAIME

(Con alegría.)

Creo

que no hay nada en la despensa.
y dinero no tenemos.

(Tocándose los bolsillos.)

De manera que no sé
qué le darás a ese hambriento.

TEODORO

Cuando hay buena voluntad
todo se arregla. Prometo
que no se irá disgustado
de casa este caballero
si benévolo contempla

nuestros propósitos buenos.

JAIME

¿Y dónde le harás dormir?
Mi catre es bastante estrecho.

TEODORO

Pues él dormirá en el mío.

JAIME

¿Y tú?

TEODORO

Dormiré en el suelo.

DON LUIS

Me admira tanta bondad,
Vuestros favores acepto,
pues no ignoro que algún día
podré otorgaros el premio.

JAIME

(Con ironía.) ¿Premio quien así demanda
el amparo de este techo?

TEODORO

El premio está en la conciencia.

DON LUIS

Muchacho, eres muy discreto.

JAIME

(Con ironía.) Yo renuncio generoso
a tal recompensa.

DON LUIS

Bueno.
Yo recojo tu palabra.

JAIME

Yo gustoso se la entrego.

DON LUIS

El tiempo se encargará
de humillarte, audaz mancebo.

TEODORO

Dejen ya tal discusión,

y distraigamos el tiempo,
nuestras penas y alegrías
unos y otros compartiendo.

DON LUIS

Ya conozco vuestra historia,
y por eso mismo siento
que crece mi gratitud
hacia vosotros; y puesto
que ya he sabido quién sois,
quién soy yo voy a exponeros:
mi historia es vulgar y corta.
Nací en un mezquino pueblo
de la provincia de Cádiz;
crecí, cual todos crecemos,
entre hermosas ilusiones
y entre ambiciosos deseos.
Un día, estando en la casa
de mis padres, miré al cielo,
miré al mar, y al contemplarlos
tan temibles y tan bellos,
me pareció que gritaban:
el uno, te doy mis vientos;
el otro: te doy mis olas;
y los dos: acepta presto
nuestros dones; serás rico,
serás feliz, serás bueno.
Sin vacilar contesté:
ya vuestros dones acepto.
De mi hermano y de mi padre,
pues mi madre ya había muerto,
me despedí, y en un buque
llegué de la Habana al puerto.
Allí en industrias diversas
logré hacer caudal inmenso.
Pero una noche fatal
redujo un voraz incendio
a cenizas las viviendas
donde estaba mi comercio.
En aquella misma noche,
de doloroso recuerdo,
mientras con furor horrible
mi fortuna estaba ardiendo,
mi pobre padre en Jerez
exhaló el último aliento.
A trabajar a Madrid
vino, según supe luego,

mi hermano. Yo allí seguí
la fortuna persiguiendo
largos años, y logré,
después de muchos tormentos,
otra vez hacerme rico.
Al contemplarme opulento,
distribuí mis riquezas
en cien fincas, que aún conservo.
Después emprendí este viaje
por encontrar el consuelo
de ver a mi pobre hermano;
pero quizás ya haya muerto,
pues por mucho que le busco,
hijos míos, no le encuentro.

(Se lleva el pañuelo a los ojos.)

TEODORO

¿Y cómo se halla usted así,
teniendo tanto dinero?

DON LUIS

Apenas llegué, un ladrón
se metió entre los viajeros,
y aprovechando la bulla,
no me dejó un solo céntimo.
Ya veis si soy desgraciado.

TEODORO

Y usted, señor, ¿qué es lo que ha hecho?

DON LUIS

Reclamar; pero es en vano.

TEODORO

¿Y qué piensa usted?

DON LUIS

Ya tengo
dada orden de que liquiden
cuanto en la Habana poseo
y lo remitan al Banco.
Pero primero que todo
se arregle pasará tiempo.

TEODORO

¿Y cuánto puede tardar?

DON LUIS

Dos o tres meses, lo menos.

(A JAIME.) Recompensar los favores
ya ve usted, joven, que puedo.

(Con aire burlón.)

JAIME

(Con incredulidad.)

Pamplinas a los canarios.

¡Se figura que le creo!

Escena V

Dichos y RUPERTA

RUPERTA

(Preparándose a poner la mesa.)

Pronto estará la comida.

(A TEODORO.) Un chico trajo esta carta.

(Le da una carta.)

JAIME

(Con disgusto.) Me voy; tu bondad me harta.

(TEODORO abre la carta y queda suspenso leyéndola.)

DON LUIS

(A JAIME.) ¡Ay, joven! Tu pecho anida
poco noble corazón.

Odias la hospitalidad.

No sientes de la bondad

la dulcísima pasión.

Tu instinto en malvado raya

al usar tan malas artes;

antes de que te apartes,

he de ser yo quien se vaya.

Calma tu furor, si puedes.

Yo tu desprecio perdono.

Adiós ya; yo os abandono.

TEODORO

(Entusiasmado y sin hacer caso.)

Oigan, óiganme ustedes.

TEODORO

(Lee.) «Me permito, pues, ofrecer a ustedes dos mil quinientas pesetas de mi bolsillo particular, sintiendo en el alma no poder atender con más a su aflictiva situación y premiar de mejor modo la probidad y amor al trabajo de su honrado padre, mi querido subordinado y amigo, don Elías Fernández de Lozo. -El Jefe del Negociado, RAMÓN VILLET.»

DON LUIS

(Con asombro.) ¿Elías Fernández Lozo era vuestro padre?

TEODORO

Sí.

DON LUIS

El hermano que perdí
ese mismo es. Alborozo
al veros el pecho mío
experimenta extasiado.

(Los abraza.)

Venid. ¡Oh, cuánto he llorado
por él!

TEODORO

¿Sois, pues, nuestro tío?

DON LUIS

(A JAIME.) Yo soy, aunque no te cuadre.

JAIME

¡Por Dios! (Aparte.) A creerlo me avengo.

DON LUIS

Aquí en el bolsillo tengo
un retrato de mi madre. (Lo saca.)
Sin duda él otro tendrá,
pues la amaba como yo.

TEODORO

Mil veces nos le enseñó.
Mírele usted. Aquí está.

(Descuelga de la pared un pequeño retrato.)

JAIME

(Comparándolos.) ¡Iguales! Sí. ¡Tío, perdón!

(Se arrodilla.)

Comprendo que os he ofendido.

DON LUIS

(Levantándole.) Aunque no lo has merecido,
te lo doy de corazón.

Ahora, a arreglar mis asuntos
con serenidad y calma.

RUPERTA

¡Cuánto placer siente el alma!

TEODORO

Viviremos todos juntos.

DON LUIS

Dejad dolores prolijos.

JAIME

¡Cuánta dicha, Santo Dios!

DON LUIS

Ya sois muy ricos los dos,
pues desde hoy seréis mis hijos.
(A JAIME.) Por ti no hubiera podido
descubrir tal paradero,
pues antes que caballero,
descortés conmigo has sido.
Olvida ese orgullo loco
y parte el pan con el pobre,
aun cuando nada te sobre,
aun cuando tengas muy poco.
Ser virtuoso es necesario.
Ten en tu bien esperanza,
pues siempre en el mundo alcanza
su premio el hospitalario.

(Telón.)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

